

Distinción entre orden establecido y realidad: por honradez con la realidad

Pedro Trigo, S. J.
Caracas, Venezuela

1. Qué significa la honradez con la realidad

El 1 de septiembre, tuve un encuentro sobre la cultura de la democracia con un grupo de adolescentes, militantes de partidos políticos. Al comienzo de la plenaria, dos grupos me plantearon, entre otras cosas, una objeción. En mi intervención, contrapuse el orden establecido con la realidad. Ellos objetaron que el orden establecido era la realidad y que, por tanto, aquel se contraponía al deber ser.

Centraré mi homenaje a Jon Sobrino en este punto, porque él insiste de tal manera en la honradez con la realidad, que esta puede ser considerada como un elemento estructural de su pensamiento y su modo de ser. La honradez con lo real no es un simple contenido, sino que hunde sus raíces en su identidad cristiana¹. La teología es, para él, “pensar, reflexionar, rumiar, si se quiere, la realidad, tal como a mí se me ha presentado y afectado”. Y prosigue: “Me gusta pensar que el teólogo es ‘animal de realidades’ y que el quehacer teológico es habérmolas personalmente con cosas reales. Dicho con toda sencillez, pretendo hacer teología con sentido de realidad”. Así, “Lo fundamental para mí ha sido expresar el peso real —y su impacto en mí— que tienen (o no tienen) realidades como Dios, Cristo, pecado, gracia...”.

Concretamente, su dedicación a la cristología obedece a que “Jesús remite al misterio de Dios y al misterio del ser humano —y remite al misterio de cómo,

-
1. Basta una cita de las cien que pudiéramos poner, la cual está relacionada con lo que intentamos mostrar en este ensayo: “La fe cristiana comienza con la honradez con lo real, desenmascarando el *mysterium iniquitatis*”; en “El cristianismo y la reconciliación”, *Concilium* 303 (2003), 761. En su artículo “Jesús y la justicia”, titula un apartado “La honradez con lo real”; el siguiente: “La voluntad de ser reales”; y por fin, “Nombrar lo real”; en *Revista Latinoamericana de Teología* 62 (2004), 182-185.

puestos ambos misterios en relación, aparece el misterio total". El misterio es, para Jon, "la realidad última de las cosas"².

Desde 1974, en El Salvador, hubo de "despertar a una nueva realidad, la de los pobres y las víctimas, producto del pecado y de la opresión". Por eso, "Desde aquel entonces, siempre que me he puesto a pensar teológicamente, he intentado —dentro de la limitación de mis conocimientos— ser honrado con la realidad de este mundo, al cual comencé a despertar con horror y esperanza"³.

Obviamente, para Sobrino, el orden establecido no es la realidad. Y no lo es, no solo porque no totaliza lo que existe, pues hay personas y situaciones que permanecen fuera de él, sino también porque más que orden, es desorden, "violencia institucionalizada" (Medellín 2,16), que oprime y violenta la realidad⁴. Es lo que Pablo dice a los romanos: "la ira de Dios se revela desde el cielo contra las maldades e injusticias de los seres humanos que oprimen a la realidad con la injusticia" (Rom 1,18)⁵.

Indudablemente, para muchos, el orden establecido es la realidad. Puede que acepten que no es toda la realidad, dado que una cantidad creciente de seres humanos permanece fuera de él: los excluidos, los marginados, los descartados, que el papa Francisco se empeña en hacer visibles para que quienes están dentro no los abandonen, sino que los integren, con las modificaciones necesarias para que tengan cabida. En cualquier caso, para quienes están dentro, los que están fuera casi no viven, sino que sobreviven. Están en el umbral de la existencia, casi no tienen realidad. Así, pues, para ellos, la realidad es proporcional al grado de pertenencia al orden establecido⁶.

2. J. Sobrino, "Teología desde la realidad", en J. J. Tamayo Acosta y J. Bosch Navarro, *Panorama de la teología latinoamericana*, pp. 611, 612, 615 y 614 (Estella: Verbo Divino, 2000).
3. *Ibid.*, pp. 616, 617.
4. Según Sobrino, hoy no se habla de pueblos crucificados, porque "hay un deterioro notable de honradez con la realidad"; en "El pueblo crucificado", *Estudios centroamericanos* 728 (2012), 100.
5. Sobrino se refiere en muchas ocasiones a las siguientes líneas: "La divinidad de Dios se muestra en la defensa de la verdad en contra de la mentira. Baste recordar las palabras de Pablo: 'La cólera de Dios se ha revelado contra toda impiedad a la injusticia humana, la de aquellos que reprimen con injusticias la verdad' (Rom 1,18-32). Para el ser humano, en la totalidad de su realidad, las consecuencias de no estar asentados en la verdad son que las cosas no revelan lo que son, el corazón se entenebrece y todo él queda entregado a la deshumanización"; en "El cristianismo y la reconciliación", o. c. Ver J. Sobrino, "Jesús y la justicia. Reflexiones para occidente", o. c., p. 182; y "Teología desde la realidad", o. c., p. 623.
6. La diferencia entre los que pueden y los que no pueden dar la vida es una constatación fundamental en Sobrino: "Lo real somos nosotros", 'salvamos nosotros', dicen los que han aceptado la Ilustración y dan la vida por supuesto"; en "Jesús

Así piensan no solo los creadores de este orden, los que lo dirigen y los que ocupan puestos relevantes en su estructura; no solo los que se aprovechan de él y los que trabajan arduamente con la esperanza de ingresar en él y ocupar incluso un lugar importante. Sino también muchos de los que viven en él como hormiguitas laboriosísimas y muy ordenadas, que tratan de mantenerse y subir un poco, si aceptan sus exigencias. Más aún, así piensan muchos de quienes lo padecen, resignados, porque han perdido toda esperanza de llegar a conocer transformaciones superadoras. Han concluido que no hay que hacerse ilusiones, porque eso es todo.

Esto es verdad incluso para los opositores, que luchan por introducir la justicia en el orden establecido, pero que creen que, mientras no lo logren, tienen que atenerse a lo dado, porque es lo que existe, lo real.

No obstante, hay políticos, sociólogos y antropólogos opositores, y, más en general, bastantes personas que no viven en el horizonte de ese orden, ni en sus coordenadas, ni aceptan sus consignas, ni sus relaciones, porque piensan que es un orden inhumano. Todas estas personas, muchas de ellas pobres con espíritu, no viven en el orden establecido, sino en la realidad⁷.

La disparidad de experiencias vitales obliga a preguntarnos si es cierto que esta es la realidad y que lo demás no son más que ensoñaciones de lo que pudo haber sido y no fue, o proyectos que existen en nuestras mentes y en el papel, pero que solo adquieren realidad si se materializan. Acaso ¿solo existe lo que se ve?, lo que más existe ¿es lo que se impone sobre lo demás? ¿Es cierto que el orden establecido, en nuestro caso, sólidamente establecido, sin ninguna fuerza que pueda derrotarlo, es lo más real que existe? No aceptar este razonamiento ¿es idealismo inoperante?

y la justicia", o. c., p. 105. Ver "Despertar del sueño de la cruel inhumanidad", en *El principio misericordia*, p. 21 (Santander, 1992); y *Liberación con espíritu*, pp. 191-198 (Santander, 1985). Esta distinción es tan decisiva, que se pregunta: "¿podemos los que ya damos la vida por supuesta pensar la realidad de quienes no la dan por supuesta, asumir su perspectiva, pensar sus sufrimientos y esperanzas, sus fracasos y utopías?", y remite en nota a la *La fe en Jesucristo*, pp. 19-22 (San Salvador, 2ª, 2001). Ver "La utopía de los pobres y el reino de Dios", *Revista Latinoamericana de Teología* 56 (2002), 146.

7. Por eso, Sobrino afirma que, "para hablar hoy de utopía —y no hacerla coincidir con sueños imposibles y pura veleidad—, tenemos presente la bondad, la gracia y la que hemos llamado santidad primordial, todo lo cual, en medio del drama, no ha muerto —del todo— y a veces emerge de forma impresionante"; en "La utopía de los pobres y el reino de Dios", o. c.

2. La realidad: una estructura dinámica a la que hacemos justicia o no

La equiparación asintótica entre orden establecido y realidad se basa en una consideración meramente fáctica. Si lo que existe es obra del azar y de la necesidad, si no tiene, por tanto, ninguna configuración de suyo, si es mera materia prima modelada por quienes la manejan, como la manejan y para lo que la manejan, entonces, lo que es, es lo que va siendo y lo demás es ideología, esto es, tratar de acomodar lo que existe a la idea que tengo de ello. Si es así, los que tienen capacidad para decidir y para poner en práctica lo que deciden son los que configuran la realidad social y, a la larga, a los mismos seres humanos. Lo demás es doctrinarismo infatuado y estéril, porque da sentido al margen de la realidad.

Por consiguiente, tenemos que indagar si la realidad es lo fáctico, configurado por los que intervienen. Si es así, lo que cuenta, en definitiva, es la capacidad para incidir en lo que existe y para configurarlo.

Según los fenomenólogos, que tratan de trascender al sujeto para "ir a las cosas mismas" (Husserl), la realidad es una estructura de estructuras abierta y dinámica⁸. Las acciones de los seres humanos, bien sobre sí mismos, bien sobre otros individuos o grupos, bien sobre la sociedad como tal, pueden hacer justicia a su estructura y perfeccionarla, o no hacerle justicia y deshumanizarse; pueden colaborar con el bien común o buscar bienes particulares; pueden perfeccionar la creación o acabar con la vida del planeta. Todos somos respectivos. Por tanto, el grado de afectación a los otros depende del grado de densidad de cada sujeto. La afectación puede ser positiva o negativa, según haga justicia a su constitución original o la desfigure e impida que dé de sí.

Si, en cambio, tal como sostiene Sartre, la existencia precede a la esencia, porque no hemos sido creados por Dios, venimos de la nada y comenzamos a ser seres orgánicamente humanos con nuestras propias acciones. El individuo se define a sí mismo con sus acciones, de tal modo que lo humano depende completamente de cada uno. Por eso, carece de sentido afirmar que uno es más humano que otro, pues no hay una esencia humana, sino que esta se la da cada uno. Por consiguiente, asintóticamente, el orden establecido es la realidad y no tiene sentido afirmar que está desfigurada, aplastada o disminuida. En consecuencia, la realidad es lo que es, aquello que aparece.

Según esto, no es cierto que la *doxa*, la opinión de Platón, los *idola* de Bacon y las imágenes que una sociedad, una familia o un individuo se puedan hacer de la realidad, la puedan encubrir. No es cierto que al ser le guste esconderse (Heráclito). El ser es simplemente lo que aparece y, por tanto, tiene más realidad lo que se presenta dotado de mayor vigencia.

8. X. Zubiri, *La estructura dinámica de la realidad* (Madrid, 1995).

Todas las épocas han distinguido entre estar en la sección superior de la pirámide, por tener más dinero y más poder, por la capacidad para organizar y controlar la opinión pública, y no solo por la capacidad para imponer por la fuerza, y ser más humano, en el sentido preciso de la calidad humana, lo cual no equivale de ninguna manera a poseer cualidades humanas. El más fuerte, hábil, sagaz, rico y poderoso no es el más humano. No existe relación entre poseer cualidades humanas y tener calidad humana. Ciertamente, nuestras acciones configuran lo que somos, pero lo que vamos llegando a ser no es puro hecho. Ellas pueden humanizarnos o deshumanizarnos⁹. Por eso, hemos de andar con cuidado y discernir. La calificación humano o inhumano no la hacemos en base a un código inventado o que alguien nos ha prescrito, sino a partir de nuestra constitución original, nuestra realidad más genuina.

La distinción entre acciones buenas y malas no es inculcada desde fuera de la persona, sino que avisa, desde lo más profundo de ella que lo hecho o lo que hará está bien o mal, es bueno o malo, edifica o destruye, da vida o la quita.

Por ejemplo, la destrucción de Hiroshima y Nagasaki o el holocausto judío o el exterminio de los indígenas de diversas regiones de norte y de Suramérica, o la trata de esclavos negros desde el siglo XVI al XIX no parecen realizaciones humanas que revelen las mejores potencialidades de la humanidad. Y sin embargo, la lucha por la libertad de los esclavos, por la vida de los indígenas, por la igualdad de indígenas y negros respecto de los europeos, y por el reconocimiento de los derechos civiles de esas y otras comunidades discriminadas, la lucha contra el antisemitismo y más radicalmente la lucha por la solución pacífica de los conflictos, por el reconocimiento positivo de las diferencias y por la consecución de una justicia efectiva en la comunidad de pueblos es claro que son luchas que ponen a funcionar energías humanas consideradas como positivamente humanas. Más aún, decimos que son procesos humanizadores, mientras que las actuaciones anteriores las calificamos de inhumanas¹⁰.

9. “Lo verdaderamente humano hay que comprenderlo en su forma concreta y, además, en forma dialéctica: lo humano verdadero llega a ser *en contra de* un ejercicio espurio de lo humano. Lo contrario de lo verdaderamente humano no es *ausencia* de humanidad (o de alguno de sus componentes), sino *presencia* de inhumanidad (a través de un ejercicio espurio de lo humano). Por ello, la humanidad de Cristo, en cuanto verdadera, deberá ser presentada también como *victoria* sobre lo inhumano”; en J. Sobrino, *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*, p. 392 (Madrid, 2010).
10. P. Trigo, *Jesús, nuestro hermano*, pp. 508-509 (Maliaño, 2018).

Sobrino pone un ejemplo muy significativo y sangrante: “Indudablemente, siempre habrá diferencia de opiniones, pero que el silencio sobre África es macabro no debiera ser asunto de debate”¹¹.

El ser humano, aunque abierto y en proceso, no es una página en blanco. Sino que posee una estructura, a la cual hace justicia con sus acciones. De esa manera, se edifica como un ser con calidad humana. Si no le hace justicia, entonces, no se humaniza, aunque desarrolle al máximo sus cualidades y ponga a los demás en función de sus designios y tenga éxito¹². Aun en este caso, a pesar del grandísimo desarrollo de sus cualidades, no avanza en calidad humana, sino que más bien retrocede: se deshumaniza. Según Sobrino, la manera más drástica de no hacer justicia a la realidad consiste en practicar la opresión y la injusticia, y ocultarlo con palabras como desarrollo y subdesarrollo.

El lenguaje de injusticia desenmascara la verdad y la tragedia de este mundo como ningún otro, y el lenguaje de justicia expresa la radicalidad, urgencia y ultimidad de lo que debemos hacer los seres humanos y sin excusas [...] Recuperar el lenguaje de injusticia-justicia, sin embargo, no es fácil. Para ello se necesita la honradez con lo real, la voluntad de ser real y la voluntad de nombrar lo real¹³.

Así, pues, la realidad no es simplemente aquello que se ve y tiene plausibilidad social, incluso prestancia para configurar el ambiente. Puede darse todo eso y, sin embargo, oprimir la realidad e impedirle dar de sí.

El desarrollo científico, técnico y organizativo, en cuanto posibilita la vida para todos y permite que todos estemos en presencia de todos y podamos interactuar humanamente, es un bien que debe ser reconocido y practicado. Pero como no es un bien último, sino que está en función de él, puede ser usado para el mal. Esto ocurre cuando esas posibilidades se emplean para que unos acaparen y exploten a otros y excluyan a muchos, y cuando el espacio real no está en función del tiempo, lo cual impide la interconexión simbiótica y permite que unos tomen decisiones globales en tiempo real y, así, controlen, dominen e impongan sus dictados a la mayoría. Estas acciones oprimen la realidad, en la cual todos estamos vertidos en todos y a la cual tenemos que hacer justicia para que este sistema de sistemas, el cual configuramos relacionándonos simbióticamente, dé de sí armoniosamente para el bien común, donde se encuentra realmente el bien de cada persona¹⁴.

11. J. Sobrino, “Jesús y la justicia”, o. c., p. 184.

12. “Se puede ser ‘factualmente’ humano [...] y ser ‘inhumano’ por la *hybris* ante el misterio y por el desinterés y opresión con respecto al otro”; en J. Sobrino, *La fe en Jesucristo*, p. 404 (Madrid, 1999).

13. J. Sobrino, “Jesús y la justicia”, o. c., p. 181.

14. P. Trigo, *La enseñanza social de la Iglesia*, pp. 95-122 (Caracas, 2018).

Así, pues, la realidad no es amorfa, sino que la vamos definiendo con nuestras acciones. La realidad es un sistema de sistemas abierto, una estructura dinámica, a la cual hacemos justicia u oprimimos con nuestras acciones.

Así, no es que la realidad sea amorfa y la vamos definiendo con nuestras acciones. La realidad es una estructura dinámica y nosotros, con nuestras acciones, le hacemos justicia o no.

3. Orden establecido y realidad

La distinción, siempre presente, entre el orden establecido y la realidad solo es perceptible si uno no se deja configurar por el ambiente, la *doxa* y la opinión, ni se deja llevar por una pasión dominante, la cual, al absolutizarse, pone a su servicio todas las dotes y energías¹⁵. El individuo im-personal, que vive del ambiente y genéricamente, uno del conjunto, no descubre más realidad que el orden establecido. La pasión dominante, por otro lado, obliga a vivir en lo particular, no en lo concreto, ni en la realidad. La absolutización de la pasión, un aspecto del ser humano que, de suyo, debe potenciarlo y cualificarlo, violenta el conjunto y lo desnaturaliza, al impedir su realización como sistema ordenado y abierto, en función de la calidad humana.

Estas personas, integradas en el orden establecido o entregadas a la pasión dominante de manera totalizadora, no pueden percibir la diferencia entre el orden establecido y la realidad. Sin embargo, la voz de la conciencia nunca es acallada por completo y siempre reclama la realidad (GS 16). También es cierto que además de la voz soberana de la conciencia, existe la voz tiránica del superego. Con todo, es posible distinguirlas y dejarse llevar por la primera, sin sucumbir al chantaje de la segunda.

El rostro del oprimido me saca de mí mismo y de lo establecido, me coloca en la mera realidad y reclama atención. Aunque también podemos escondernos de él, neutralizándolo con la ideología dominante, en el momento menos esperado, se nos aparece y nos coloca de nuevo en nuestro lugar, descentrándonos y haciéndonos salir de lo establecido para hacer justicia a la realidad violentada. Si nos resistimos a salir de nosotros mismos y de nuestro mundo, la conciencia nos dice que no hemos hecho justicia a la realidad.

15. Según Sobrino, el lugar teológico de la cristología es el mundo de los pobres. En su opinión, pueden alegarse razones de peso para justificarlo, pero “en último término, no se puede ofrecer una justificación apodéctica de esa convicción, y siempre está actuante el círculo hermenéutico: se ve la elección de ese lugar como exigida por la revelación, pero esa exigencia es captada cuando ya se está en ese lugar”; en *Jesucristo liberador*, o. c., pp. 47, 56.

En la humanidad existe una diferencia fundamental “entre los que dan la vida por supuesto y los que lo que no dan por supuesto es precisamente la vida”¹⁶. Los que no la dan por supuesto¹⁷ y dedican sus energías para vivir, no solo a mantenerse con vida, lo que llamamos sobrevivir, sino a vivir haciendo justicia, saben que el modo como los obligan a vivir no es vida. Por eso, perciben la distorsión de la realidad que los priva de esa vida. Poseen esta capacidad porque no viven según la opinión establecida, que los hace pensar que están así no por causa de la injusticia, sino por su poco desarrollo humano, es decir, por falta de cualidades.

Por otro lado, los que dan la vida por supuesta y la disfrutan, tienden a confundir la realidad con el orden establecido, porque piensan que su posición de privilegio se debe al desarrollo eximio de sus cualidades¹⁸. No caen en la cuenta de que la estructura injusta juega a su favor. Tampoco captan la deshumanización de ese juego macabro¹⁹. En referencia a la herejía cristológica del docetismo, Sobrino afirma análogamente lo siguiente:

Docetismo es vivir en la irrealidad, por ejemplo, en las islas de abundancia y lujo de occidente dentro de un planeta mayoritariamente pobre y oprimido, como si aquello fuese lo real y esto fuera lo irreal, siendo las cosas al revés [...] Es la expresión del docetismo prepotente: no querer vivir en la realidad doliente de este mundo²⁰.

Aquellos que tienen cómo vivir, pero lo hacen en alianza con los pobres, en su misma casa, o al menos, en relaciones horizontales con ellos, llevándose mutuamente, sí captan la distinción entre el orden establecido, que vive de las víctimas, y la realidad, que exige compartir fraternalmente los recursos de la

-
16. J. Sobrino, “Despertar del sueño de la cruel inhumanidad”, en *El principio misericordia*, o. c., p. 21; y *Liberación con espíritu*, o. c., pp. 191-198.
 17. “Los pobres son quienes no dan la *vida* y la *dignidad* por supuesto, los que no tienen *palabra* ni *nombre* —y de tal manera que su realidad presente no es aun todavía-no, sino un ciertamente-no”; en “La utopía de los pobres”, o. c., p. 150.
 18. En el aniversario de los mártires de la UCA y de El Mozote, Sobrino escribió lo siguiente: “podemos aprender a defendernos del ego-centrismo que, como por ósmosis, genera nuestra civilización actual: ‘lo real somos nosotros’, piensan los que dan la vida por supuesto y no se sorprenden de que haya inmensas mayorías que no la dan por supuesto. Y a defendernos del ego-ismo: ‘la realidad está para servirnos’”; en “El pueblo crucificado”, o. c., p. 94.
 19. “Sobre el pueblo crucificado se cierne el *encubrimiento*. Se le niega palabra y de esa forma *se le niega existencia*. El pueblo crucificado ‘no es’, y en mundo de abundancia se impide o dificulta grandemente que ‘llegue a ser’. De ese modo, el mundo crucificante puede desentenderse —sin mala conciencia— de lo que ocurre a las inmensas mayorías oprimidas y reprimidas”; *ibid.*, p. 97.
 20. J. Sobrino, “Jesús y la justicia”, o. c., p. 183; y “Teología desde la realidad”, o. c., p. 625.

tierra²¹. Pero los bienhechores, que gastan su vida en la promoción de los pobres, no captan dicha diferencia, porque la promoción implica no solo que los pobres dejen su pobreza, sino que ellos mismos legitimen el paradigma representado por los promotores, la mejor de las posibilidades del orden establecido.

Sobrino experimentó en su propia vida la diferencia del desde dónde se capta la realidad: “Yo tenía por universal, lo que era parcial, en este caso lo europeo. El Salvador me abrió a otra parcialidad, que está más grávida de realidad y que por ello puede conducir, por sus pasos, a una universalidad más verdadera”²².

En realidad, nadie está completamente entregado a su pasión dominante, ni se reduce a simple miembro de los conjuntos en los que está implicado. Siempre quedan resquicios por los cuales la propia realidad violentada y la realidad pisoteada de los demás, se hace presente a la conciencia y reclama. Así, pues, si bien a unos les resulta mucho más difícil que a otros distinguir en sus vidas entre el orden establecido y la realidad, eso siempre es posible. Tenemos que reconocer, sin embargo, que tiene un costo que con frecuencia es demasiado elevado como para pagarlo y, en consecuencia, se niega dicha distinción.

En estos tiempos de mundialización, la diferencia entre el orden establecido y la realidad es más perceptible. No solo porque todos la vemos, sino también porque, en sentido preciso, captamos la diferencia entre lo que cada cultura tiene por cualitativo y calidad humana transcultural, percibida y afirmada por todos los seres humanos, cuando no viven confinados en la individualidad, la clase o la cultura absolutizadas. En efecto, en la actualidad, todos estamos, en principio, en contacto virtual con todos y todos tenemos acceso a lo que ocurre en todos los países. De esa manera, todos captamos acontecimientos humanos e inhumanos. No se trata de lo que una cultura y unos medios promueven, sino de lo que todos perciben, si están abiertos a la humanidad y a lo más genuino de ellos mismos, sin confinarse en las particularidades absolutizadas.

Por consiguiente, esta coincidencia de fondo es directamente proporcional a la apertura a lo más genuino de cada persona. Así, pues, pasamos de la constatación de la diferencia entre las cualidades humanas y la calidad humana, a la constatación de la coincidencia en contenidos fundamentales de calidad humana entre las personas de diversas culturas. La calidad humana expresa cabalmente la estructura dinámica de la realidad humana, ya que las cualidades exteriorizan las dotes de que cada persona dispone para realizarse con calidad humana, es decir, como ser humano. También es posible utilizar esas cualidades para imponerse sobre los demás, mediatizándolos o desconociéndolos.

21. Según Sobrino, la realidad de los pobres descubierta “exigió otro tipo de honradez a la teología: la liberación. En palabras conocidas, bajar de la cruz al pueblo crucificado”; en “Teología desde la realidad”, o. c., p. 618.

22. *Ibidem*.

Los contenidos medulares reconocidos por las personas de culturas muy diversas en quienes no pertenecen a su medio son los siguientes: la orientación a la vida, al reconocimiento positivo del otro y al sacrificio, que va más allá de sus intereses. Por tanto, si una estructura social o un orden establecido dificultan enormemente estos elementos de la realidad genuinamente humana, no expresaría la realidad, sino que la oprimiría con su injusticia.

La orientación a la vida consiste en vivir y dejar vivir. Vivir como convivir, vivir y ayudar a vivir, vivir dando y recibiendo vida, y vivir la polifonía de la vida, que desborda absolutamente el circuito de producción y consumo. Vivir es jugar gratuitamente el juego y la fiesta de la vida, que supera a cada uno, pero de la cual cada uno participa con los demás. Vivir entregándose confiadamente a la fuente omnipresente e inaccesible de donde brota la vida.

El reconocimiento positivo del otro no consiste solo en reconocerlo como miembro de los conjuntos a los cuales pertenezco, sino también en reconocer al otro que vive fuera de mi mundo y de mi vida. Más todavía, consiste en reconocer a los otros en quienes no reconozco los atributos por los cuales los valoro a ellos y a mí mismo. Es decir, consiste en reconocer a los pobres²³, incluso a los que considero deshumanizados y causantes de que estos no tengan posibilidades de vida, esto es, aquellos que absolutizan sus sí mismos, su dinero y su poder, en virtud de lo cual oprimen y excluyen.

El sacrificio por lo que va más allá de mis intereses significa dar gratuitamente de lo que tengo. Más todavía, dar mi tiempo, que suele ser lo más escaso y lo que más valoro, y, sobre todo, darme a mí mismo.

Vivir y convivir en el seno de la vida es un acto inmenso de libertad, porque se lleva a cabo desde la condición, nunca superada, de un ser de necesidades. Por eso, significa vencer la tentación de tomar posesión de un fragmento de la vida, separándolo del resto y apropiándose para uso exclusivo. Este acto de libertad comprende no solo a los seres humanos, sino también a los demás seres vivos.

Reconocer a los otros tal como los hemos descrito, supera radicalmente el confinamiento en nuestro propio mundo para actuar en el nivel propiamente

23. "En el plano jurídico se declara al autor responsable de los efectos conocidos o previsibles de su acción [...] En el plano moral es del *otro hombre*, el prójimo, del que es considerado responsable. En virtud de este desplazamiento del énfasis, la idea del prójimo vulnerable tiende a reemplazar a la de daño cometido en la posición de objeto de responsabilidad. Esta traslación aparece facilitada por la idea subyacente de carga confiada. Es de otro que tengo a mi cargo que soy responsable. Esta ampliación hace de lo vulnerable y de lo frágil, en cuanto entidad confiada a los cuidados del agente, el objeto último de su responsabilidad"; P. Ricoeur, *Caminos del reconocimiento*, p. 118 (Madrid, 2005).

humano, en el cual nos encontramos, reconociéndonos, con todos los seres humanos²⁴.

El sacrificio libre por aquello que no es lo mío, ni yo mismo, es el acto supremo de libertad, y, en ese sentido, un acto de afirmación propia como ser humano, precisamente, en el acto de desapropiarme y entregarme a los demás seres humanos.

En cambio, para el orden establecido, vivir es consumir, lo cual exige producir. Es claro que en su seno, nadie es reconocido como ser humano. Solo existen individuos que se relacionan unos con otros, buscando su propio interés, o porque se complacen en ellos. La relación dura lo que den de sí el interés y la complacencia. En el orden establecido, nadie se sacrifica por nadie. Al contrario, no es raro sacrificar a los otros con vistas a alcanzar las propias metas. Esto implica que el orden establecido violenta la realidad humana y que, por tanto, orden y realidad no son equivalentes. De ahí que sea necesario transformar superadoramente dicho orden para que no resulte tan cuesta arriba, casi heroico, comprometerse con la realidad y trabajar para que dé de sí.

4. Transformar el orden establecido: una exigencia cristiana

Dios es el creador de la realidad²⁵ y la creación no es un acto puntual, al igual que la causalidad eficiente. La creación es una relación constante de amor, que pone fuera de sí a seres distintos de sí, los mantiene ante sí y libres de sí. Al ser fruto del poder del amor, según el texto bíblico de la palabra con espíritu, la creación es inteligible. Al provenir del Logos, la creación es lógica, es decir, posee una estructura interna y las relaciones recíprocas constituyen un sistema de sistemas abierto, que tiene sentido. Al provenir del Espíritu, del amor, son buenas. Así, pues, la lógica creadora es la lógica del amor. Por eso, el amor creador no es ciego, sino que tiene inteligibilidad y sentido. La realidad no es amorfa para los cristianos, porque posee el dinamismo del amor, que no es ciego, sino que posee lógica, inteligibilidad interna y sentido.

-
24. Según A. Touraine, "esta irrupción del individuo hacia sí mismo en tanto que sujeto sólo puede efectuarse a través del reconocimiento del *otro* como sujeto: al aceptar al otro como sujeto puedo reconocerme a mí mismo como sujeto. Reconocer al otro como sujeto significa reconocer la capacidad universal de todos de recrearse como sujetos"; en *La mirada social*, p. 202 (Barcelona, 2009).
 25. "Esta realidad social que configura el modo de pensar del teólogo lo configura también en cuanto creyente, no sólo en cuanto pensador. Y si extraña esta afirmación, recordemos que la realidad social no es otra cosa que la creación de Dios [...] Y no olvidemos tampoco que la fe real se realiza, es cuestionada o crece primariamente en el mundo real"; en *Jesucristo liberador*, o. c., pp. 51-52.

La realidad creada no está clausurada. Al ser fruto del amor, es dinámica y está abierta. Al ser fruto de una relación constante de amor, ha sido creada creadora, ya que el amor desea que lo amado dé de sí y no esté mecánicamente sometido a su creador. Dios no es Baal, en el sentido de Amo, que quita la iniciativa. Por eso, la creación está abierta y, en concreto, el ser humano es un ser abierto. Aquí, abierto no significa más allá del bien y del mal. Sino abierto para llegar a ser, por sí mismo, lo que es, haciendo justicia a su estructura dinámica.

La apertura y la libertad pueden ser utilizadas para la humanización. De ese modo, el ser humano da contenido a su libertad, un armónico del amor y el modo consecuente de actuarlo. Y al contrario, puede utilizarlas para hacer lo que le venga en gana, pretendiendo situarse más allá del bien y del mal, como ser sin esencia, atendido solo a su voluntad para definirse a su gusto. En realidad, se entrega al mal y, por tanto, se degrada. Hacer el bien es desarrollar libremente lo que ya somos, ya que, originalmente, somos buenos, porque somos creados por amor y ese amor, que actúa por la Palabra, es lógico, tiene inteligibilidad y constituye una estructura básica. Hacer el mal es no hacer justicia a la realidad en la cual consistimos y, en consecuencia, degradarla, devaluarla y desrealizarla. Por eso, quien usa su libertad para hacer el mal, la disminuye, la hipoteca y la esclaviza. Es el *servo arbitrio* del que habla Lutero.

Desde este horizonte, el orden establecido podrá ser más bueno que malo o más malo que bueno, según el grado en el que las instituciones y las estructuras, las reglas del juego y el desempeño de los funcionarios vehiculen y expresen, afirmen y desarrollen la estructura dinámica de la realidad personal y social. Ahora bien, nunca podrán lograrlo completamente.

No podrán conseguirlo porque el ser humano con calidad humana no cabe en ninguna cultura, al menos en ninguna de las conocidas. Las culturas que han existido y existen, en grado mayor o menor, han adoptado criterios jerárquicos, que discriminan y excluyen. La absolutización del haber humano relativiza a las personas como tales y, de esa manera, posibilita su opresión y exclusión. De ahí que así como el ser humano a-cultural es imposible, pues siempre actúa en una cultura, la solidaridad exigida por el proceder humano también impide la simple adaptación y demanda la búsqueda denodada, desde dentro, de transformaciones superadoras. Por tanto, la solidaridad es imprescindible para quien quiera vivir humanamente²⁶, y puede y debe expresarse en el campo social, político y económico. Si bien no podrá establecer un orden bueno, logrará que este sea más bueno que malo.

Pero en el mundo actual y, en concreto, en los países latinoamericanos, el orden establecido dificulta y casi impide aquello que posibilita la constitución de

26. P. Trigo, *La enseñanza social de la Iglesia*, o. c., pp. 137-154.

seres humanos con calidad humana. Al quitar la posibilidad de vida a muchos y al dificultar enormemente vivir humanamente²⁷, ese orden establecido configura una situación de pecado.

El pecado destruye moralmente al pecador, pero introduce innumerables males en la realidad, en el propio pecador, en el ofendido y en la sociedad en general. Esos males deben también ser enfrentados según la fe, y por ello hay que hablar de sanar la realidad [...] Esta segunda tarea es también teologal y tan teologal como la primera, pues es exigida por el Dios que no sólo quiere que el pecador se convierta y no muera, sino que quiere también la liberación de una realidad empecatada²⁸.

En consecuencia, es necesario desolidarizarse de ese orden. No podemos aprovecharnos de él, tenemos que denunciarlo y trabajar con todas nuestras fuerzas para transformarlo de tal modo que ofrezca más posibilidades de vida y de humanización, que de muerte y deshumanización.

Esta necesidad de cambiar de horizonte, de lógica, de imaginario, de sensibilidad, de aspiraciones personales y de modos de relación, fue una exigencia de Jesús a sus discípulos²⁹. Con absoluta claridad, les dijo:

Los jefes de las naciones las dominan despóticamente y los poderosos las oprimen. Ustedes, nada de eso. Por el contrario [...] el que quiera ser el mayor que se haga el servidor de todos, como el Hijo del Hombre, que no ha venido a ser servido, sino a servir y dar la vida en rescate por muchos (Mc 10,42-45).

El Hijo del Hombre es la alternativa de Dios para una historia cuyos jefes no son humanos, porque estos se imponen por la fuerza y solo conocen súbditos, no ciudadanos libres. El único atributo de quien representa la alternativa de Dios en la historia es su humanidad, que, en el contexto, significa que nunca se impone por la fuerza, aun cuando esta sea justa, y que solo admite seguidores voluntarios (Dan 7).

27. J. Sobrino, “‘El pueblo crucificado’, la ‘civilización de la pobreza’ y ‘hacerse cargo de la realidad’, de Ignacio Ellacuría”, *Revista Latinoamericana de Teología* 66 (2005), 219.

28. J. Sobrino, “América Latina: lugar de pecado, lugar de perdón”, *Concilium* 204 (1986), 219.

29. “Jesús está en la línea del Dios de la verdad. Jesús fue honrado con la realidad y desenmascarador de la mentira que la oprime, de modo que esto pudiera ser incluso su rasgo histórico mejor asegurado (J. L. Segundo). Baste recordar sus diatribas contra la ceguera culpable (Jn 9,41), la hipocresía (Mt 7,3; 23,1-35; Lc 11,37-53), la manipulación de Dios (Mc 7,1-13; Mt 7,21). En la mentira enraizada, en no ver la luz —quizás el pecado contra el Espíritu—, vea él el principio de deshumanización fundamental”; en “El cristianismo y la reconciliación”, o. c., p. 765.

En realidad, la alternativa de Dios para la humanidad no cabe en ningún orden político, porque, aun en la mejor hipótesis, una política sin usar la fuerza como pauta de la ley justa y justamente aplicada es inconcebible. Dicho bíblicamente, sin el derecho que repara la justicia conculcada (Sal 89,15). El orden económico, social y político establecido no es la alternativa de Dios y, por eso, no debe ser sacralizado. No puede contener al ser humano con calidad humana. De hecho, ese orden, tenido como de derecho, ya que el derecho romano es el fundamento del derecho actual, acabará asesinándolo, en la tortura más atroz, tras un juicio sumarísimo. Este final de Jesús no es anecdótico. Al contrario, es el destino del ser humano que se empeña en serlo con calidad humana, en un régimen u orden establecido absolutizado³⁰.

Esto es lo que sucede en la actualidad en América Latina. Muchos son sacrificados “como Jesús, según esta secuencia: han amado al pobre, por eso lo han defendido, por eso han molestado a sus opresores y por eso éstos han reaccionado y les han dado muerte”³¹. Por consiguiente, si queremos ser humanos, no podemos no intentarlo. No necesariamente en el ámbito político, aunque habrá que hacerlo, pero sí en el interpersonal y social, tal como lo hizo Jesús.

En conclusión, Dios nos pide ser honrados con la realidad, lo cual implica desolidarizarnos con el orden establecido y distinguirlo de la realidad. Tenemos que percibir cómo oprime a la realidad con su injusticia y trabajar con todas nuestras fuerzas para establecer otro orden, en el cual quepan grandes dosis de realidad humana³².

5. Desde el mundo de los crucificados y en solidaridad con ellos

La solidaridad con las víctimas es el mejor lugar para percibir la injusticia de este orden establecido³³. Ahora bien, la solidaridad, para ser verdadera y para expresarse como un llevarse mutuamente, debe evitar reducir a los pobres a meros benefactores o promovidos. La verdadera solidaridad está, de algún modo,

30. “Pecado es lo que da muerte al Hijo de Dios, y pecado es lo que sigue dando muerte a los hijos de Dios”; en “América Latina: lugar de pecado”, o. c., p. 222.

31. J. Sobrino, “Teología desde la realidad”, o. c., p. 624.

32. “La fe cristiana comienza con la honradez con lo real, desenmascarando el *mysterium iniquitatis*”; en “El cristianismo y la reconciliación”, o. c., p. 761.

33. “La opción por los pobres expresa hoy esa honradez fundamental ante la realidad del mundo. Hacer la opción por los pobres es liberar a la verdad; pero esa liberación de la realidad objetiva presupone la liberación subjetiva del teólogo, la conversión”; J. Sobrino, “Hacer teología en América Latina”, *Theologica Xaveriana* 39, 2 (1989), 153. El pueblo crucificado “es algo central, que debe ser tenido en cuenta, sin lo cual no se hace uno cargo a cabalidad de la realidad”; en “El pueblo crucificado”, o. c., p. 212.

en el mundo de los pobres, en relación orgánica con ellos³⁴. Los considera como verdaderos sujetos, personas valiosas, no solo pobres por no tener, ni tener cómo poseer.

Sobrino insiste en que si nos situamos en el mundo de los pobres, percibiremos que somos más pacientes que agentes pastorales. No solo ayudamos, sino que los ayudados nos ayudan:

tienen fuerza para que todos, también los no-pobres, sean beneficiarios, *pacientes* sociales, no sólo donantes y *agentes*. Cuando se acepta esto, los seres humanos pueden comprender sus vidas como un llevarse mutuamente unos a otros, dando unos a otros y recibiendo unos de otros³⁵.

Pero para eso, es necesario estar en el mundo y percibirlo como creación de Dios, oprimida y negada. Dado que la creación no es un acto aislado de poder e inteligencia, sino una continua relación de amor, estar cristianamente en el mundo de los pobres es estar en él desde su constitución original con amor misericordioso:

el mundo de los pobres es el lugar que exige y facilita un talante específico y necesario al pensamiento para corresponder al objeto de la cristología: que se haga con misericordia hacia las víctimas y como buena noticia a los que viven malas realidades. Si algo dice el mundo de los pobres, por definición, es que la misericordia eficaz es lo primero y lo último, y que de ella debe estar imbuido cualquier quehacer humano y cristiano, y por ello, también el teológico³⁶.

Quien da por supuesta la vida y absolutiza su horizonte, no está en la realidad, ni, por tanto, en la verdad.

Si esta realidad del pecado del mundo, con los correspondientes anhelos y esperanzas, con la bondad y el gozo de las víctimas, no configura nuestra totalidad, nuestro saber, nuestra esperanza, nuestra praxis y nuestra celebración, no somos "reales"³⁷.

De la misma manera que el pecador se oculta de Dios porque, al concebirlo como proyección de sus aspiraciones, teme que lo ponga en su sitio, también niega la realidad para poder vivir oprimiendo sin remordimientos de conciencia. Eso es lo que sucede estructuralmente en el orden establecido.

34. J. Sobrino, "Conlleaos mutuamente (Análisis teológico de la solidaridad cristiana)", *Estudios centroamericanos* 37 (1982), 157-178.

35. J. Sobrino, "La utopía de los pobres y el reino de Dios", *Revista Latinoamericana de Teología* 56 (2002), 168.

36. J. Sobrino, *Jesucristo liberador*, o. c., p. 55.

37. J. Sobrino, *La fe en Jesucristo*, o. c., p. 406.

Hay libertad de expresión, pero no hay voluntad de verdad, y así hay mil modos de hacer que la pobreza no diga su palabra y hay mil modos de hacer enmudecer a las víctimas [...] Y no hay que extrañarse de ello, pues el pobre real, es decir, el “visible”, es, por, esencia, interpelante, juez sin apelación³⁸.

Sin embargo,

los pobres tienen la fuerza para retrotraernos a todos a lo real, superando el docetismo, la irrealidad en la que suele vivir el no-pobre; para interpelarnos a todos sobre nuestra propia humanidad, superando el auto-encubrimiento, la mentira en que suele vivir el no-pobre; para ofrecernos a todos luz y salvación superando la dormición en que vivimos y la arrogancia y la *hybris* de quien no necesita nada del débil³⁹.

Por eso, la conversión lleva “a ver la realidad de manera muy distinta, a superar los mecanismos de defenderse de la realidad —los hombres no sólo tienden a defenderse de Dios para manipularlo, sino también de la realidad—, a abrirse a ella, para captar su realidad, sus exigencias”⁴⁰.

Esto implica no ver al pobre como el que todavía no es, sino como al que se le impide ser, con lo cual se violenta su realidad. Es necesario comprender al pobre no solo

como lo que todavía-no-ha-llegado a la plenitud de lo humano (cuyo ideal ya estaría realizado o incoado en el mundo de los no-pobres), sino como lo humano oprimido [...] E implica, de manera específica, una praxis para superar la “perversión”, no sólo la limitación, de la realidad actual⁴¹.

Sorprendentemente, quien va más allá del orden establecido, se aproxima al mundo de las víctimas y se abre fraternalmente a ellas, no solo descubre la realidad terriblemente violentada, el pecado del mundo —del orden establecido autodivinizado, injusto y asesino—, en los rostros descritos por Puebla, Santo Domingo y Aparecida, sino también la gracia victoriosa que hay en los pobres, que viven su drama abiertos a Dios. De esa manera, no solo se hace cargo de la realidad, carga con ella y se encarga de ella, sino que también es cargado por

38. J. Sobrino, “La utopía de los pobres y el reino de Dios”, o. c., p. 154.

39. *Ibid.*, p. 168. “En nuestros días, dice Ellacuría, el tercer mundo ofrece luz al primer mundo para que éste se vea en su verdad, lo cual es elemento importante de salvación”; en “‘El pueblo crucificado’, la ‘civilización de la pobreza’ y ‘hacerse cargo de la realidad’, de Ignacio Ellacuría”, o. c., p. 214.

40. J. Sobrino, “América Latina: lugar de pecado”, o. c., p. 224.

41. J. Sobrino, “La utopía de los pobres”, o. c., pp. 149-150. “El pueblo crucificado no ‘es’, y el mundo de la abundancia impide o dificulta que ‘llegue a ser’. Así puede desentenderse —sin mala conciencia— de lo que ocurre a esas mayorías”; en “‘El pueblo crucificado’, la ‘civilización de la pobreza’ y ‘hacerse cargo de la realidad’, de Ignacio Ellacuría”, o. c., p. 212.

ella. En *Jesucristo liberador*⁴², Sobrino cita a Ellacuría para observar que sus expresiones *hacerse cargo* de la realidad, *cargar* con ella y *encargarse* de ella, solo pudieron haber surgido desde el mundo de los pobres y desde el compromiso con ellos. Posteriormente, dice: “Por mi parte he añadido —más por experiencia e intuición que por reflexión teórica— una cuarta dimensión: ‘dejarse cargar por la realidad’ (dimensión de gracia)”⁴³.

Vivir en la realidad es, primordialmente, vivir la vida en todos sus armónicos y de manera abierta, en convivencia. Aquí es donde se sitúan dinámicamente muchísimos pobres.

Nada de ingenuidad, pues, pero sí honradez con la realidad. En medio del *mysterium iniquitatis* entre los pobres aparece la santidad primaria —en forma estructural— como en ninguna otra parte. El anhelo primordial de vida, de vivir unos para otros y unos con otros es el primer y fundamental aporte de los pobres a la utopía⁴⁴.

Así, pues, el orden establecido no equivale a la realidad. Más aún, la violenta de muchas maneras y la encubre sistemáticamente para ocultar su iniquidad. De ahí la importancia que Sobrino atribuye a la honradez con la realidad. No obstante, esto no es todo. En el mundo oprimido, excluido y encubierto por el orden establecido, es donde hay más realidad, para los que viven humanamente, cuando no tienen condiciones para ello, para los que vencen el mal a fuerza de bien, para los que dan de su pobreza y para los que nos hacen ver que donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia.

42. J. Sobrino, *Jesucristo liberador*, o. c., pp. 55-56.

43. J. Sobrino, “‘El pueblo crucificado’, la ‘civilización de la pobreza’ y ‘hacerse cargo de la realidad’, de Ignacio Ellacuría”, o. c., pp. 211 y 217.

44. *Ibid.*, p. 168.